

Meditaciones en torno a la europeidad

LUIS SUÁREZ FERNÁNDEZ

REAL ACADEMIA  DE LA HISTORIA

MADRID
2013

Serie Estudios

© REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

I.S.B.N.: 978-84-15069-63-8

Depósito Legal: M-36534-2013

Todas las publicaciones de la R.A.H. en: *publicaciones.rah.es*

Diseño de la colección: Arcadia

Composición: Pixelitos (contactopixelitos@gmail.com)

Impresión: Cimapress

Esta edición forma parte del Programa de colaboración de la Real Academia de la Historia con:



Fundación **BBVA**



Aiyasa



ANTONIO OPORTO DEL OLMO

Índice general

	<i>Págs.</i>
A MODO DE PRÓLOGO	11
LIBRO PRIMERO: FUNDAMENTOS DE UNA CULTURA	23
CAPÍTULO I. Conciencia histórica cristiana en dos dimensiones	25
Filosofía de la Historia	27
Roma en la encrucijada	29
Nombre y conciencia	30
<i>Regnum Domini</i>	32
Humanismo	33
La conciencia de la libertad	35
CAPÍTULO II. Las raíces antiguas	39
Helenismo	39
Polis y política	40
La tradición judía	42
El «día del Señor»	44
El papel de Roma	46
Raíces cristianas	48
La síntesis agustiniana	50
Un juicio acerca de la caída de Roma	52
Las Artes Liberales	54
La revolución isidoriana	56

	Págs.
La femineidad	59
Remoto origen de la Monarquía	60
Europa resiste al Islam	62
La leyenda de Santiago	64
La simiente de Benito y Bonifacio	67
 CAPÍTULO III. Emperador, Roma y Renovación	71
La coronación de Cralomagno	71
Autoridad y potestad	73
Las aportaciones monásticas	75
<i>Translatio Imperii</i>	77
El año 1000	78
Pese a todo, la ruptura	80
La doctrina	83
Madura Europa	85
La libertad	87
Las Monarquías	89
Pensando en Constantinopla	91
 CAPÍTULO IV. Las dos Reformas	97
El retorno de Aristóteles	97
Los mendicantes: una nueva dimensión	99
La Inquisición	101
Una primera modernidad	103
El fondo de la guerra de los Cien Años	104
El Cisma; primer desgarrón	106
La primera Reforma	109
La Reforma protestante	111
Los valores de la nobleza nueva	112
Unidad religiosa	114
Las guerras de religión	116
 CAPÍTULO V. Westfalia: la crisis de la conciencia cristiana	121
La conciencia histórica de la libertad	121
El retorno del ciclo	122
Libertad o independencia	124
Discurso del Método	127
La decisión de Westfalia	128
Un salto en el tiempo	130
Cimientos	131
a) <i>Bossuet</i>	131
y, b) <i>Vico</i>	133

	<i>Págs.</i>
El resultado: Euroamérica	135
Horizontes de futuro	137
Importancia de la conciencia histórica	138
CAPÍTULO VI. Fundamentos de la Ilustración	143
El deísmo	143
Luces frente a oscuridad	145
La Masonería	146
Una nueva visión del progreso	150
De Voltaire a Condorcet	152
Un patrimonio existente en 1789	156
Una reflexión sobre absolutismo	158
CAPÍTULO VII. La Revolución que rompió la europeidad	161
Una herencia: la persona	161
El sentido del suceder histórico	163
En el principio estaba el Logos	165
El error de Galileo	167
Administrador y no dueño	169
Un cambio de valores: el racismo	171
Un repaso a lo que era el Antiguo Régimen	172
Esfuerzos positivos en favor de la autoridad	175
Cómo acabar con las guerras	177
El culto de Mammón	178
LIBRO SEGUNDO: BAJO EL PESO DE LAS IDEOLOGÍAS	183
CAPÍTULO I. Los caminos que condujeron a la Revolución ...	185
Remotas causas	185
Las cinco naciones	187
El refuerzo del poder	189
El laicismo; sus raíces	191
El despotismo ilustrado	192
El crecimiento de la Casa de Borbón	194
Rousseau	197
Pensemos en la Revolución	199
Los nacionalismos	202
La «revolución» del Pontificado	203
CAPÍTULO II. Positivismo y Liberalismo	209
Lo que significan las Ideologías	209
Tradicionalismo	211

	<i>Págs.</i>
Positivismo	214
Las Tres Edades	218
Libertad cuantificada	220
Superar la doctrina cristiana	222
Las consecuencias	226
Llegamos al Origen de las especies	228
La dos caras del positivismo	231
 CAPÍTULO III. Idealismo y sus consecuencias	 235
Los cambios que acompañan al romanticismo	235
La respuesta de Kant	237
Fichte, la raíz	241
La versión hegeliana	244
Hitler fue un término de llegada	248
 CAPÍTULO IV. Materialismo dialéctico y sus derivaciones	 255
La doctrina de Marx	255
El Capital y el Manifiesto	257
Las coordenadas políticas	259
Los cambios sociales	261
Teología de la Liberación	263
La interpretación marxista de la Historia	266
Los datos positivos	269
Los resultados	272
La opción por los pobres	275
 CAPÍTULO V. Nuevas coordenadas para una conciencia his- tórica	 277
Bases distintas	277
Las religiones	279
Religión <i>versus</i> laicismo	281
La doctrina cristiana	283
Saber histórico	284
Leyes en la Historia	287
Jesús como centro de la Historia	289
Laicales pero no laicistas	293
Un modo de entender la ciencia histórica	295
 A MODO DE EPÍLOGO: LAS RAZONES DE LA ESPERANZA	 299

A modo de Prólogo

La tarea de un historiador no consiste en emitir juicio de valor acerca de los acontecimientos pasados sino en tratar de explicarlos incluyendo sus causas y sus efectos. Que el lector pueda de este modo descubrir dónde están los aciertos y errores que forman parte del patrimonio por él recibido, es el mejor servicio que se le puede prestar en esa tarea de construir el futuro, en la que de algún modo todos nos hallamos implicados. Lepoldo von Ranke, hace ya mucho tiempo, al describir el significado de la *Geschichte* –saber histórico– ya le asignó el empeño de describir las cosas «wie es eigentlich gewesen», es decir cómo sucedieron en realidad. De este modo se puede llegar a formar una conciencia histórica imprescindible para proyectar el futuro. Muchas veces se ha repetido el axioma de que los pueblos que olvidan su historia están condenados a repetirla.

Para los historiadores cristianos reviste especial importancia, como el Concilio Vaticano II ha tenido buen cuidado en recordar, que para ellos Cristo es «centro y señor de la Historia (suceder)». En cierto modo comparten esta idea también los no cristianos, pues utilizan como Era Común

aquella que tiene comienzo con aquel año en que según la tradición, se produjo el Nacimiento del Niño en Betlehem de Judá. Hoy sabemos que hay un pequeño error, nada importante, pues dicho suceso se produjo reinando Herodes el Grande, que falleció en la primavera del año 4 a. C. Es indudable que, en su trayectoria, la Cristiandad cosechó aciertos muy importantes y también errores; en unos y otros podemos hallar la razón de la esperanza.

España es una de esas cinco naciones que constituyen Europa a la que, durante un milenio se la denominó precisamente Cristiandad. No es extraño que tengamos que estudiar a fondo nuestro propio país ya que junto con los otros cuatro pudo crear esa forma de cultura que llegaría a situarse en la primera línea siendo, en muchos aspectos, modelo para las demás. La fe se ha traducido en una definición de la persona humana. Durante los tres últimos siglos se ha producido un esfuerzo para sustituir a la Cristiandad, tratando de explicar el suceder «como si Dios no existiese» o fuera solamente una especie de invento de la mente humana. Los grandes pensadores del helenismo y especialmente Platón, cuya metodología predominó en el naciente cristianismo, ya advirtieron que es imposible explicar la existencia del Universo si prescindimos de una Causa primera o, como en algunas versiones, un Gran Motor.

La Masonería prefiere referirse a un Gran Arquitecto dentro de la tendencia deísta.

El marxismo, siguiendo a Feuerbach, ha establecido que «es científicamente demostrable que Dios no existe»; de este modo incurre en una muy seria contradicción ya que si admitimos el principio de que la ciencia carece de dimensiones para probar la existencia de Dios, más radicalmente tenemos que aceptar la imposibilidad de lo contrario. Entre los científicos más importantes de nuestros días se prefiere admitir que la existencia de Dios, Causa primera, es más razonable que su negativa.

La definición de que «Dios es» (*Ihwh*) es una herencia del judaísmo que la atribuye a una revelación directa en el Sinaí. Es esencial en la construcción de la que debemos llamar «europeidad» ya que se trata de una síntesis alzada sobre tres pilastras: judaísmo, helenismo y cristianismo. Ahora bien, para comprender bien el curso del suceder histórico es necesario tener también en cuenta aquellas ideologías que se apartan de esas tres religiones, puesto que en sus raíces descubrimos los grandes temas para los que se reclama respuesta. Lo indicó muy bien don Marcelino Menéndez Pelayo: para entender bien la España católica era preciso comenzar por el estudio de los heterodoxos. Por otra parte no podemos olvidar que el Cristianismo se mostró capaz de realizar la síntesis entre el antropocentrismo helénico y el trascendentalismo judío. El resultado es definir al ser humano como persona que lleva una «imagen y semejanza de Dios».

Sin embargo, y como consecuencia de los enfrentamientos iniciales, el cristianismo, olvidándose incluso de aquella sentencia axial: «la salvación viene de los judíos», alimentó durante largo tiempo un antijudaísmo que daría alientos al antisemitismo étnico. Ha tenido que producirse la escandalosa tragedia del siglo xx para que el Concilio Vaticano II volviera a sus principios tal y como los expresara san Agustín, reconociendo en el judaísmo el embrión primero de esta cultura occidental, descubriendo su coincidencia con los grandes pensadores judíos como Phylon o Maimónides en esos tres Puntos capitales que hemos de tener en cuenta. La libertad es libre albedrío y no independencia como ahora se tiende a decir. El hombre se halla dotado de una capacidad racional que le permite ir más lejos que la simple observación y experimentación. En él se hallan insertos derechos que debemos llamar «naturales», como la vida, la libertad y la propiedad, porque forman parte de la naturaleza y no son el resultado de consensos revisables.

En consecuencia, el suceder histórico no está sometido a un *fatum* inexorable: hay leyes «en» la Historia pero no «de» la Historia. Durante siglos, este suceder fue explicado como una sucesión lineal que partía de un punto de daño, el pecado original, e iba creciendo en la medida en que dicho daño se iba reparando, de modo que el progreso consistía en un crecimiento y mejora de la persona humana, llamada a «ser más», como diría Ortega y Gasset y más tarde el Papa Juan Pablo II. Sobre esta doctrina se apoyaba la europeidad que consideraría a sus figuras más sobresalientes: san Isidoro, san Benito, san Bonifacio, san Francisco, santo Tomás y santa Teresa de Jesús con san Juan de la Cruz, al lado de los tres grandes filósofos griegos: Sócrates, Platón y Aristóteles. Esta doctrina forma una de las bases de la europeidad: el progreso es posible porque la persona humana, excepción entre los seres vivos, está dotada de dimensiones y valores que se revisten de dignidad y nos recuerdan que en ellos se encuentra la imagen y semejanza de Dios.

Las ideologías del siglo XIX, divergentes del cristianismo aunque conservan de él muchas herencias, en especial el positivismo, el idealismo hegeliano y los dos materialismos, principalmente el dialéctico (marxismo), han invertido los términos: progresar es «tener más»; el saber, puesto al servicio de la técnica produce bienes materiales que son en sí mismos fines y no medios, y transfiere al Estado, normalmente dominado por partidos políticos, la capacidad de dar a los ciudadanos la dosis de libertad que necesitan. Condorcet lo había dicho, desde la celda en que aguardaba su propia muerte, con estas tres palabras: «cuanto más sabios, más ricos y cuanto más ricos más felices». Marx invertía los términos del judaísmo de sus antepasados identificando el pecado original con la aparición de la propiedad privada de los medios de producción. Así, la meta estaría en una especie de reino de Dios pero sin Dios, a realizarse en la tierra mediante la abolición de las clases.

Las terribles experiencias vividas en el siglo xx, el más cruel de la Historia, obligan a plantearse una revalorización clarificadora de lo que significa la «europeidad», cuya herencia ha sido recogida mientras a ella se la apartaba. Para ello debemos retornar a sus raíces, que es lo que aquí vamos a intentar y, también, devolver al saber histórico (*Geschichte*) su misión de estudiar el conjunto de valores que la caracterizan. De este modo podremos alcanzar un conocimiento de aciertos y errores de los cuales se nutre nuestro pensamiento.

Roma es la plataforma; imposible sería fijar con precisión lo que Europa le debe, comenzando por ese nombre que desde el siglo viii se viene aplicando a la pluralidad de naciones unidas en el Cristianismo. Desde 1328, en medio de una prolongada depresión económica, consecuencia de que se agotara la época feudal, las guerras dejaron de ser locales para convertirse en europeas. A las primeras aplicamos el calificativo de Cien Años porque abarcan precisamente un siglo, aquél en que se buscaba el dominio de los mercados. Luego vinieron las «de religión», al dividirse la Cristiandad en dos mitades, enfrentándose el libre albedrío y la capacidad racional con el *servo arbitrio* y la ciencia experimental moderna. En 1648, reunidos en Münster y Osnabrück, católicos y protestantes imaginaron un procedimiento para ponerlas fin invirtiendo los planos. El Estado (*Leviathan* le llamó Hobbes) debía asumir el protagonismo completo de la política y la autoridad. Así se iniciaba el despotismo, que trataría de disfrazarse llamándose «ilustrado». Pero las guerras no cesaron, ni las revoluciones consiguieron otra cosa que sustituir el despotismo por otro todavía mayor. De este modo, hasta 1945, los enfrentamientos se hicieron cada vez más duros, más terribles y más mortíferos.

Fue entonces cuando Churchill, desde su experiencia, y tres políticos supervivientes, el francés Schuman, el italiano De Gasperi y el alemán Adenauer, en estrecha colabora-

ción con los intelectuales de su generación, lanzaron el mensaje que, unos años más tarde, el Papa Juan Pablo II, hablando bajo la bóveda románica de Compostela, sintetizó con estas certeras palabras: «Europa, vuelve a tus raíces, sé tu misma». De eso se trata: restablecer esa conciencia histórica que nos enseña que los europeos formamos una comunidad o, para decirlo en sus términos latinos, una *universitas* por encima de las diferencias. Al doblar la cuesta del tercer Milenio parecen haberse alcanzado tres metas: ya no hay guerras europeas; se ha abierto un mercado común, aunque no falten problemas en él muy serios, y se ha establecido el diálogo cordial como forma de relación. En otras palabras, disponemos de un patrimonio que, pese a las tremendas dificultades, permite construir un futuro.

Los historiadores hemos de preguntarnos de dónde nacen las dificultades que conducen a la gran depresión de nuestros días. Así descubrimos tres cosas: se han roto las líneas fronterizas de la europeidad buscando el dominio de mercados que, a veces, se convierten en una mera carga; los Estados nacionales –ciertas regiones menores aspiran a ello–, siguen siendo la base de la autoridad; no se ha devuelto a la persona humana aquellos valores morales en los que se refleja su propia dignidad. España, que un tiempo diera a Europa la oportunidad de abrir todos los mares en una «descoberta do mondo» como dijera Camoens, es un pésimo modelo, abocada a una disgregación. Es evidente que necesitamos adentrarnos en un nuevo Humanismo. Aquí intentaremos algo de eso: descubrir y explicar cuáles son las raíces de la europeidad.

De acuerdo con los mitos griegos, Europa era el nombre de una bella muchacha, hija del rey Cadmos de Tiro, de quien se enamoró Zeus, padre de los dioses. Para poseerla descendió del Olimpo adoptando la forma de un toro y la encerró en el palacio de piedra (*labrys*, de donde extraemos «laberinto») cuyos complejos pasillos impedían hallar la entrada o la salida. Dicho de otro modo era el medio de

que el helenismo se apoderara también de personas que no eran suyas. Y así lo entendía Beda el Venerable: Europa era la nueva comunidad cristiana en la que entraban griegos, latinos y germanos. Para los Padres de la Iglesia, Roma era un producto de la Providencia que debía servir de asiento a la Cristiandad que absorbía la gentilidad.

Aquí tenemos la primera y más remota de las raíces de esa conciencia histórica que explica la europeidad. Es muy importante descubrirla y también transmitirla. Desde Heródoto aparece la pregunta que los primeros cronistas nunca se hicieron: ¿qué sentido tiene el transcurrir del tiempo en esa forma de saber que en español designamos con la misma palabra del sucedido, historia? La lengua alemana, más rica, dispone de dos términos, *historie* para referirse a los sucesos, y *geschichte* para definir el conocimiento. Los griegos entendían que ese suceder, como ocurre con todos los seres vivos, está sometido a la ley inexorable del destino, *tijé* en griego, *fatum* en latín, de donde hemos extraído el término fatalidad, algo inexorable.

Pero si nos remontamos al siglo VIII a. C., nos encontramos con las enseñanzas del profeta Amós de Tekoa, que hace referencia a un plan de la Providencia divina que, respetando la libertad del hombre, aunque ésta se incline hacia el pecado, asegura el rescate del ser humano de esa dramática situación a que le condujera la desobediencia a Dios. Hay una coincidencia: es cierto que los grandes Imperios decaen y se mueren; pero mientras el helenismo antropocéntrico lo atribuye a causas meramente naturales, el judaísmo y después el heredero cristianismo, afirman que ello se debe a las leyes que Dios tiene establecidas en la Naturaleza, las cuales castigan al ser humano cuando deja de cumplir rectamente sus deberes de obediencia a Yahvé.

Todo esto significa que griegos y judíos, descubridores de la conciencia histórica, al partir de premisas diferentes, tenían que alcanzar conclusiones distintas. El helenismo contemplaba la Naturaleza como subsistente en sí misma,

de modo que al descubrir la necesidad de que exista una Causa, la definía como «inmanente» a ella. Los judíos, a través de la revelación que parte de Abram (convertido en Abraham por el mismo Dios) sabían que había sido creada por ese mismo Dios, que la trasciende. Esto es precisamente lo que significa el nombre transmitido a Moisés en la cumbre del Sinaí, el cual no puede ser pronunciado. De ahí que los judíos recurriesen al término *Adonai*, que nosotros transmitimos como Señor. Curiosamente, el término Dios, empleado en el cristianismo, es el que corresponde al genitivo de Zeus, el padre de los dioses, raptor de Europa.

Sin embargo, los griegos no podían dejar de advertir que tras la realidad visible existen fuerzas sin las que sería imposible explicarla. En latín las llamaron *numina* y las identificaron con todas las manifestaciones del ser. Primero estaba la Naturaleza y su causa, porque «los dioses son posteriores». En otras palabras se trataba de personificaciones de fuerzas o seres preexistentes. Si esto es así, y todo se halla sometido a esa ley del *fatum* que domina la naturaleza, entonces el suceder histórico debe producirse dentro de ese ciclo inexorable que conduce del nacimiento a la adolescencia, de aquí a la madurez y luego de la decadencia a la muerte. En este pensamiento coinciden muchos autores modernos. Recordemos la importancia que llegó a tener la propuesta de Spengler. Hitler se refería, de acuerdo con las tesis de este autor, a un Reich del Milenio que marcaba una de las etapas inexorables de ese destino. Ciertamente que apenas si pudo alcanzar el decenio.

Los griegos introdujeron el término *historein*, que significa inquirir o averiguar, para designar aquella rama del saber que debía ocuparse del conocimiento de lo ya sucedido porque de este modo se podía no solo predecir el futuro sino también tomar las medidas necesarias para conducirlo. De ahí que los grandes maestros romanos llamaran a la Historia «maestra de la vida». No debe extrañarnos que, en esta exposición se incluyeran

también acciones de los dioses, ya que la numinosidad formaba parte de la existencia real. No se podía prescindir de ella.

Tres grandes historiadores griegos, que vivieron en los siglos v y iv antes de la Era Común, Heródoto, Tucídides y Jenofonte, pusieron el fundamento del saber histórico europeo. Sus textos siguen resultando de gran valor, aunque en muchos aspectos hayan sido superados. Coincidían en indicar que el saber histórico estaba más cerca del arte que de la ciencia; sus enseñanzas se encuentran muy próximas al esquema de las parábolas. Heródoto insistía en que la única fuente de que los historiadores disponen es la noticia de los supervivientes; no era posible remontarse a las raíces; bastaba con acumular noticias del presente. Aquí entraba en juego lo que los griegos calificaban de libertad. Hay un error cuando intentamos referir los esquemas modernos a la democracia ateniense. Ésta no significaba otra cosa que un reconocimiento de privilegio. Los *politai* descendientes de atenienses, eran una minoría: ni los esclavos ni los forasteros avecindados, tenían reconocidos derechos políticos. Por otra parte, el sorteo y no el voto era el que garantizaba el equilibrio en igualdad.

Pese a todo, por este camino se estaba llegando al descubrimiento de una de las dimensiones fundamentales de la europeidad: la libertad, que no debe confundirse con el poder hacer lo que cada uno desee, ya que ella depende, en la práctica, de que los demás cumplan con su deber. Aunque no pueda librarse del yugo inexorable del *fatum*, el ser humano se encuentra dotado de dimensiones que le permiten prevenir y también optar. Las guerras médicas y la del Peloponeso sirvieron a estos historiadores para explicarlo. Las **polis** habrían podido evitarlas pero, una vez tomada esta opción, las leyes del *fatum* se cumplen de modo inexorable.

Platón añadió algunos puntos en que los historiadores debemos insistir y que la Iglesia cristiana incorporó a su

ideología. Familia y polis son las dos únicas formas de sociedad natural: se entra en ellas no por un acto de voluntad sino por la naturaleza que proporciona el nacimiento. En una y otra, como sucede en la persona individual, se da ese recorrido que conduce a la decadencia y a la muerte. Aristóteles trataría de introducir una corrección: los miembros de una polis pueden adquirir conocimientos suficientes para retrasar o impedir esa decadencia; a esto es a lo que seguimos llamando «política». En la práctica esta *politeia* no pudo evitar el apagamiento de la Hélade. Cuando ya las polis y los otros reinos habían sido relegados a un segundo nivel porque Roma se estaba haciendo dueña del ecumene mediterráneo, Polibio, que había sido llevado a ella como uno de sus rehenes, declaró, con admiración, que «era la obra más bella y útil de la *tijé* ya que había conseguido establecer un sistema que permitía escapar al destino inexorable. Algo que, en cierto modo, el cristianismo haría suyo al proclamarla como Ciudad Eterna. Para explicar este descubrimiento, Polibio entraba en un análisis de las relaciones entre causa y efecto que, en gran medida van a compartir historiadores posteriores. Y en este punto conviene detener nuestra Introducción.

Hay una ley sustancial en la Historia. Las polis nacen cuando los más débiles, masa, se unen en torno al más justo y fuerte al que proclaman rey; la Monarquía es, pues, la primera etapa. Su desgaste y envejecimiento la conduce al despotismo. Entonces esa élite, que integran los mejores, *kaloi kai agathoi* (bellos y buenos) la releva estableciendo la aristocracia. Naturalmente también ésta experimenta el desgaste convirtiéndose en oligarquía. Y entonces los *demoi* de la ciudadanía tienen que sustituirla implantando su propio poder, es decir, democracia. Su decadencia, asimismo inevitable, conduce al gobierno de los peores, **olocracia** (rebelión de las masas la llamarían Ortega y otros pensadores del siglo xx). La solución entonces es un retorno al punto de partida: gobierno de uno solo.

Polibio trataba de tranquilizar a sus huéspedes. Roma iba a escapar a ese destino inexorable porque había conseguido combinar las tres opciones en una. Era una monarquía con los cónsules dotados del *ius vitae necisque*; una aristocracia con el Senado cuyos miembros se titulaban *nobiles*; y una democracia con los comicios que elegían a los magistrados. Pero la *res publica* no iba a tardar mucho en desembocar en ese cesarismo que Octavio, asumiendo como Augusto las dimensiones de la numinosidad, iba a presentar como la gran oferta de paz para todo el ecumene, utilizando el término de buena noticia (*eu-angelios*, en griego) es decir, la paz. Allí estaba la meta definitiva: «tu regere imperio populos, romane, memento» diría Virgilio. En aquellos momentos, en una pequeña ciudad olvidada de la Tierra de Israel, nacía el Niño que iba a proporcionar su eje esencial a la europeidad durante los próximos dos mil años.